

## DISCURSO DE LUIS MARIA SANDOVAL PINILLOS

*Queridos amigos:*

*La cena de San Fernando es, a la vez, la ocasión en la que festejamos a nuestro Santo patrón y el mojón convencional que marca un año más en el transcurso de nuestra obra. Es, para la comunidad de amigos de la Ciudad Católica, el equivalente de las fiestas de santo y de cumpleaños que cada uno celebramos individualmente. Esta noche quiero que hagamos simplemente una glosa de ambos aspectos de esta fiesta.*

*La Ciudad Católica, materialmente considerada, no es apenas nada: ni siquiera es una persona jurídica; pero es algo más grande, aunque de otro orden: es una amistad al servicio de la verdad, como gustan de repetir nuestros amigos argentinos de la revista «Verbo».*

*Como amigos no hay entre nosotros lazos formales y rígidos, sino un acumulamiento continuado de gestos concretos de colaboración en las obras que unos y otros realizamos al servicio de la Verdad. Desde ese punto de vista los amigos de la Ciudad Católica somos un centro de concertación de esfuerzos, aunque nuestra vocación más específica y prioritaria es el servicio más elemental y directo a la Verdad: su estudio en forma colectiva y después la difusión de las buenas doctrinas.*

*La Ciudad Católica es, ante todo, una empresa intelectual y de formación, que rehúsa comprometerse en políticas concretas para servir más intensamente a su fin primario y para servir a los más posibles sin excluir innecesariamente a nadie.*

\* \* \*

*Decía San Bernardo de Claraval que «hay quienes quieren el saber con el solo fin de saber; y esto es torpe curiosidad. Hay quienes quieren conocer para ser así conocidos; lo cual es torpe vanidad. También hay quienes quieren saber para vender su ciencia, por dinero o por honores; que es torpe mercantilismo. Pero también hay quienes quieren saber para edificar; y esto es caridad. Por fin, hay quienes quieren saber para ellos ser edificados; lo cual es prudencia». Nosotros, al dedicarnos al estudio, sin duda que buscamos prudentemente nuestra propia santificación, pero también es cierto que móvil indisociable de ese estudio es nuestro sentido de la caridad política. El mundo, nuestra Patria, necesitan de la verdad; de la verdad social, económica y política y, por consiguiente, de la enseñanza de Jesucristo, fuente de toda Verdad y Vida.*

*Si esto es realmente así, nuestra obra intelectual debe dar de un año para otro frutos, y es en estas fechas periódicas, con las que los hombres balizamos el correr del tiempo, el momento de preguntarnos por ellos. Hagamos examen de conciencia por los del año transcurrido y propongámonos metas para el que comienza. No se hizo la luz para ponerla debajo del celemin sino sobre el candelero para que brille e ilumine, nos enseña el Evangelio. De igual modo la tarea de formación de la Ciudad Católica no se cubre con la edición de la revista, de unos libros o de un congreso, aunque sea tan estupendo como el pasado de Barcelona.*

*Los amigos de la Ciudad Católica sólo nos justificamos si concebimos el aprendizaje y la especulación intelectuales como una formación para la acción. Si sentimos que las buenas doctrinas son para irradiar-*

las y ponerlas en práctica. Y si, como hemos dicho, la Ciudad Católica en conjunto no toma opciones concretas sobre el modo de plasmar en la realidad española el Reinado Social de Cristo, es para que los amigos los pongan en práctica con todo vigor y a fondo, de acuerdo cada uno con su criterio y vocación, fuera de estos momentos, escasos, en que se reúne en comunión el pleno de los amigos.

\* \* \*

Es aquí donde entra en juego nuestro patrón San Fernando. A primera vista parece un poco extraño que sea él nuestro patrón, aunque todos los santos de la Iglesia son siempre ejemplos a imitar para todos los cristianos. Desde luego no tendría lógica el patronazgo de San Fernando si la Ciudad Católica no trascendiera de la revista Verbo y de la Editorial Speiro. Normalmente los patronos de las colectividades se escogen, bien por un lazo geográfico o histórico, bien para que el ejemplo de las virtudes más características del santo sirvan de guía a la comunidad que se acoge a su intercesión.

El rey San Fernando, patrono de la monarquía española, humilde, pladoso, gobernante prudente y guerrero valiente y afortunado, tal y como se ha glosado su personalidad en otras festividades, no parece particularmente idóneo para patrocinar una mera empresa intelectual. Pero es que, además, el rey Fernando es el santo de la Reconquista, y esto es lo que a mi parecer le hace ser el más adecuado de cuantos patronos podíamos haber adoptado.

San Fernando fue un rey reconquistador, pero no un cruzado como su primo San Luis de Francia. Es más, no quiso serlo, contestando al Papa que le invitaba a sumarse a la Cruzada, que ya tenía bastantes infieles en sus propios dominios. Y no es que quiera negar el carácter religioso de la Reconquista, pero sí destacar un componente diferencial entre ésta y las Cruzadas a Tierra Santa: aquélla culminada con éxito y éstas saldadas en un fracaso.

El móvil de la Reconquista fue religioso, pero también patriótico y político; lo que dio unidad a tan larga empresa fue el sentido de restauración de una España que había sido invadida y usurpada. Toda la concepción de la Reconquista arranca de la idea de la «pérdida de España» y del imperativo de recobrarla para sus legítimos dueños. Siguiendo la ley de la naturaleza humana de que alma y cuerpo van unidos en el hombre y en sus obras e instituciones, no bastaba una lucha en abstracto contra el Islam, sino que para que fuera eficaz era preciso que además se propusiera un objetivo bien determinado, por idealizado que fuera: la restauración política de Hispania, del reino católico de los godos. Así ha sido siempre por otra parte: la Contrarrevolución pudo ser pensada y sentida por muchos, pero sólo tuvo arraigo y vigor cuando se unió a una causa concreta como el legitimismo; ese fue el secreto del carlismo español.

San Fernando, hoy, es el mejor ejemplo cristiano que podemos seguir. Los males presentes de España son tan evidentes para todos los que aquí estamos, que no voy a emplear en referirme a ellos entre nosotros ni una sola palabra. Como ocurrió en el sig.º VIII, hoy no ha acaecido tanto una invasión multitudinaria, sino una apostasía generalizada. Tenemos, pues, que elegir: o buscar un modus vivendi con la nueva situación como un Todmir y todos los mozárabes que se resignaron a relegar su fe a cuestión personal, sin transcendencia social, u optar por la Reconquista que tiene su mejor personalización en San Fernando.

Eso sí, la Reconquista, como el orden natural, supone compromisos concretos, varios, opinables, como varios fueron los reinos de España durante la reconquista y como varias esperamos que sean las iniciativas de los hombres y mujeres que coinciden en la Ciudad Católica. Deseo hacer hincapié en este último punto; si convocáramos a una lucha abstracta, podrían haber sido nuestros patronos San Miguel o San Jorge, pero siendo San Fernando nuestro patrón queremos seguir sus huellas en el patriotismo terreno, tanto como en el ansia de alcanzar el Reino Eterno y la Patria Celestial.

Verbo y Speiro pretenden ser los inspiradores desde el campo de las ideas de la nueva Reconquista. La Ciudad Católica no cumplirá con su misión simplemente realizando funciones de formación doctrinal. Es necesario que todos entendamos que la exquisita neutralidad del núcleo de Speiro es sólo un medio para continuar siendo centro de concertación y de concordia, y que todos, al salir de aquí, debemos comprometernos activamente en alguna de las huestes concretas que busca la restauración de la España Católica: unos en una comarca, otros en la Universidad, otros en el frente familiar y otros, por fin, y cómo no, en el frente eminente de la política.

Buena es la doctrina que predicamos; demos ahora que sabemos hacer que dé fruto abundante. La Ciudad Católica no estará completa si fuera de aquí cada uno no toma un puesto de combate y no sólo de curiosidad o vanidad intelectual. No podemos ser de los que cuando han hablado creen haber obrado.

Permitidme, para acabar este recordatorio de la voluntad reconquistadora que late silenciosa en el corazón de la Ciudad Católica, que prevenga contra tres tipos de peligros:

— El primero es el de pretender la pureza absoluta. Toda labor en esta tierra, por el hecho de ser concreta, arrastrará impurezas. Pero con razón decía el Cardenal Mercier: «Las gentes que se esconden y se hurtan a las responsabilidades quieren evitar cometer errores: su existencia es uno».

— El segundo nos lo advierte el propio Evangelio: «Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará?». Cuidado, pues, no sea que al tratar con el mundo circundante nos contagiemos, sea del más soterrado de los socialismos, sea del más moderado de los liberalismos, ese conservadurismo cuya función es la de conservar los avances de los revolucionarios.

— Y, el tercero, es que nadie crea que puede ser mayor, no ya que su Maestro, sino que su patrón. Pensemos que San Fernando con toda su buena voluntad murió cuando pensaba en cruzar a Marruecos a continuar la lucha, y mientras, paradójicamente, con su protectorado contribuía a consolidar la dinastía nazarí que perduraría otros doscientos cincuenta años en Granada. Sepamos, pues, de antemano, que erraremos muchas veces cuando intentemos actuar en la órbita de lo concreto. Es necesario que sea así y, por lo tanto, que lo reconozcamos cada vez con humildad.

En definitiva, la festividad de nuestro santo debe llevar a concebir la Ciudad Católica como un acumulador de doctrina que luego se ha de descargar volcándose hacia afuera en una nueva Reconquista, compuesta de múltiples iniciativas nitidamente definidas.

\* \* \*

*Y es hora de que diga también algo sobre la festividad de esta noche, vista desde su faceta de cumpleaños. Hito anual no ya de la integridad de la Ciudad Católica, que como hemos visto tiene unos límites amplios y difuminados, sino de su centro inspirador: Speiro y Verbo.*

*Sabéis que este es el vigésimoquinto San Fernando de la vida de Verbo. Pero me parece que mucho más importante que tomar como base de una glosa el valor simbólico de un número (que los propios hombres hemos atribuido arbitrariamente primero), recordar que ésta es la primera vez que nos reunimos en la noche de San Fernando sin que esté ya con nosotros Eugenio Vegas.*

*Esa circunstancia, y no lo presunta «redondez» del cuadrado de cinco aplicado a los años transcurridos, es lo que da un valor particular al presente aniversario.*

*Nadie ignora que Eugenio Vegas y Juan Vallet han sido los principales maestros, inspiradores y animadores de Speiro y de Verbo. Hoy nos falta Eugenio, y con eso el centro nuclear de la Ciudad Católica ha sufrido una pérdida tremenda, porque sabéis también, aunque preferiríamos ignorarlo, que sobran dedos de las manos para contar los hombres entregados únicamente a la gestión de Speiro y de Verbo. Son demasiado pocos, están demasiado sobrecargados de trabajo y necesitan refuerzos o, por lo menos, cubrir bajas.*

*Admito que el «necesitan» último es discutible, porque caben dos actitudes: la revolucionaria y la piadosa.*

*Visión revolucionaria es considerar que para la nueva reconquista de España la labor intelectual y de concertación del núcleo de Speiro no es imprescindible. O también es una actitud propia de la Revolución, aunque diga obrar por la restauración de la Cristiandad, pensar que cada uno se encargue de sacar adelante lo suyo. Verbo es algo común y sería cainita decir, ¿acaso soy yo, aunque amigo de la Ciudad Católica, el guardián de Speiro?*

*Muy al contrario, me atrevo a afirmar que todos los que aquí estamos hemos recibido una enseñanza impagable de los maestros de Speiro y, en general, unos amigos de los otros. Y de esa enseñanza se han beneficiado las iniciativas bien determinadas que cada uno puede haber emprendido. Por consiguiente, se convierte en un deber de piedad, que es una forma imperfecta de la justicia que no puede aspirar a devolver cuanto ha recibido y se debe, que todos los amigos de la Ciudad Católica miremos hacia el interior de la misma y nos comprometamos más en el mantenimiento y la promoción de la editorial y la revista, incluyendo esas tareas imprescindibles que son ingratas y oscuras.*

*La vocación de acción en un campo específico no cancela la relación con nuestro núcleo intelectual, y mucho menos nos autoriza a servirnos de él, pero a no devolverle nada de cuanto está necesitando: trabajo, difusión y dinero.*

*Diré, porque si nunca se habla de ello es prácticamente imposible que surjan, que son muy necesarias las vocaciones para ese servicio, exclusivo o poco menos, en el núcleo de la Ciudad Católica.*

*Peró si ello no es en la mayoría de los casos coincidente con la propia vocación, si está en nuestra mano, y no se está haciendo, el ofrecer tiempos de colaboración a la gestión, el difundir la existencia de la revista, el empeñarse en conseguir nuevos suscriptores y, para quienes no tienen ni un minuto disponible para esos menesteres, el*

contribuir económicamente al sostenimiento de la editorial y la revista, núcleo que alimenta doctrinalmente la Ciudad Católica.

Perdonadme esta franqueza excesiva, pero la muerte de Eugenio debería servirnos, debe servirnos, como resulsivo para relanzar nuestro interés activo individual por la buena marcha de Speiro y de Verbo. Y para esto, obras son amores y no buenos consejos. Dejadme que insista por última vez: el mantenimiento holgado de Speiro y de Verbo es una necesidad indiscutible para el conjunto de la obra de la Ciudad Católica, pero, además, cada uno de nosotros tiene, creo yo, un deber de piedad para con ellos, siempre que los consideremos como madres nutricias («alma mater») de nuestro pensamiento social católico.

\* \* \*

Concluyo ya; mis reflexiones de esta noche me han llevado a dos conclusiones de tipo práctico:

— De una parte comprometerse sin falta hacia afuera en acciones de reconquista concretas.

— De otra parte, comprometerse más con nuestro núcleo inspirador, que confiadamente espera ayuda sin atreverse a solicitarla, porque lo que no hagamos sus propios amigos se quedará eternamente sin hacer.

Y no hay en estas dos conclusiones, centrífuga y centrípeta, ni paradoja ni oposición, sino una profunda armonía, como nos enseña Nuestro Señor Jesucristo: «Conviene hacer unas cosas y no omitir las otras» (Mt. 23,23; Lc 11,42).

## DISCURSO DE ANTONIO SEGURA FERNS

Queridos amigos:

Muchas cosas han ocurrido en el cuarto de siglo transcurrido desde que los amigos de la Ciudad Católica estamos oficialmente trabajando en España para «instaurar todas las cosas en Cristo» y, entre estas cosas, el concepto social de un orden público cristiano. Mas el panorama doctrinal e ideológico actual es muy diferente del que había entonces, no sólo a causa del inevitable cambio histórico sino, principalmente, por la «introducción en la Iglesia del humo de Satanás» en frase, ¡tantas veces recordada!, de Su Santidad Pablo VI. Uno de nuestros amigos, Rafael Gamba, atinó con la frase justa: han sido estos los tiempos del «silencio de Dios», no sólo en la «barca de Pedro», sino en toda la Humanidad que ha sido, y es, zarandeada sin misericordia por la más furiosa tempestad satánica que pueda recordarse, mientras «el Señor callaba» (Mt 27,14; Mc 15,5; Jn 19,9).

En efecto, en el largo catálogo de errores y maldades que componen la historia del hombre sobre la tierra, narrados tan completa y misteriosamente en el Apocalipsis de San Juan, todos ellos hasta ahora se había asentado en el plano metafísico de la «transcendencia», es decir, en el supuesto radical de que el hombre no es el ápice de toda la Realidad, sino una pieza, todo lo importante que se quiera, pero sólo una pieza, de tal Realidad que excede ampliamente al individuo humano. Tenía que llegar nuestra moderna civilización occidental para sufrir lo que I. Kant denominó la «revolución copernicana» que, haciendo real el sueño del viejo sofista Protágoras, constituye al hombre en «medida de todas las cosas», de manera que «si antes era nuestro